

Antología de textos clásicos

Una raza de piedra

- Porque insultar a los dioses
es odioso ingenio, y jactarse a destiempo
suenan a canciones de locos.
¡No repitas como un charlatán
tales cosas! La guerra y toda contienda
aparta de los Inmortales. A la ciudad de Protogenia
conduce tu lengua, donde por decreto de Zeus, que lanza los truenos,
Pirra y Deucalión, bajados del Parnaso,
construyeron su primera casa y, sin tener parte en el lecho,
fundaron una raza de piedra, de origen igual.
Laoí, «piedras», se llamaron ellos.
¡Para estos despierta la ruta sonora de versos!
¡Alaba el vino añejo, y las flores de los himnos
nuevos! Se cuenta
que la violencia del agua
inundó la tierra negra, pero
que por arte de Zeus la marea de repente
recogió el agua estancada. De aquellos *laoí*
procedían vuestros antepasados de bronceíneos escudos
desde un principio, hijos de las hijas de la raza
de Jápeto y de los muy poderosos Crónidas [...].

Píndaro, *Olímpicas* IX, 37 y ss.

El regalo de Epimeteo

- Hijo de Prometeo fue Deucalión. Este, que reinaba en la región cercana a Ftía, se casó con Pirra, hija de Epimeteo y Pandora, la primera mujer modelada por los dioses. Cuando Zeus decidió destruir la raza de bronce, Deucalión, por consejo de Prometeo, construyó un arca y poniendo dentro todo lo necesario se embarcó en ella con Pirra. Zeus, con abundante lluvia derramada desde el cielo, inundó la mayor parte de la Hélade, de modo que murieron todos los hombres excepto unos pocos que huyeron a las elevadas cumbres de las montañas. Entonces se separaron las montañas de Tesalia, y todo lo que rodeaba el Istmo y el Peloponeso quedó sumergido. Deucalión, llevado en el arca a través del mar nueve días y otras tantas noches, arribó al Parnaso, y allí, cuando cesaron las lluvias, desembarcó y ofreció un sacrificio a Zeus, protector de la huida. Por mediación de Hermes, Zeus le concedió lo que quisiera y él eligió que hubiera hombres. Ante el asentimiento de Zeus, cogió piedras y las arrojó por encima de su cabeza, y las que lanzó Deucalión se hicieron varones y las que lanzó Pirra, mujeres. Por eso, la gente se llama metafóricamente así: *laos*, de *laas*, piedra.

Apolodoro, *Biblioteca*, I, 7

El diluvio universal de la mitología clásica

- La Fócide separa los campos aonios de los acteos, tierra fértil, mientras fue tierra, pero en ese momento porción de mar y ancha llanura de repentinas aguas; allí un elevado monte, de nombre Parnaso, busca los astros con sus dos picos, y sus cumbres se elevan por encima de las nubes: cuando Deucalión recaló aquí (pues el agua había cubierto todo lo demás), transportado en una pequeña barquichuela junto con su compañera de lecho, rinden culto a las ninfas Corícides y a las divinidades del monte y a la profética Temis, que entonces poseía el oráculo: no hubo ningún hombre mejor que aquel ni más amante de la justicia, o ninguna más respetuosa para con los dioses que aquella.

Cuando Júpiter ve que el mundo es un estanque de líquidas lagunas y que de tantos miles solo había sobrevivido un hombre y únicamente sobrevivía de tantos miles una mujer, inocentes ambos, ambos oradores de la divinidad, apartó las nubes y, alejados los aguaceros con el aquilón, muestra las tierras al cielo y el éter a las tierras. Y no permanece la cólera del ponto y, dejando su dardo de tres dientes, el soberano del mar calma las aguas. [...]

El mundo había vuelto a su ser; después de que lo vio vacío y que las tierras desiertas estaban sumidas en profundo silencio, Deucalión habló así a Pirra: «Oh hermana, oh esposa, oh única mujer superviviente a la que unió a mí el linaje común y el parentesco de prima carnal, después el matrimonio y ahora nos unen los mismos peligros, nosotros dos somos la muchedumbre de las tierras, sea cual sea la que contemplen occidente y oriente: el resto está en poder del mar. Con todo, todavía no es suficientemente segura la confianza en nuestra vida: incluso ahora las nubes aterran mi pensamiento. ¿Cuál sería tu ánimo ahora, desgraciada, si fueras arrebatada por el destino sin mí? ¿De qué modo podrías soportar el miedo? ¿De quién recibirías consuelo para tus quejas? Pues yo, créeme, si también de ti se apoderara el mar, te seguiría, esposa mía, y también de mí se apoderaría el mar. ¡Oh, ojalá pudiera conseguir la repoblación con las artes de mi padre e insuflar vida a la tierra una vez modelada. Ahora el linaje humano se reduce a nosotros dos (así les ha parecido a los dioses) y quedamos como modelos de hombres».

Había dicho y lloraba; les plugo hacer ruegos a los dioses del cielo y pedir ayuda a través del sagrado oráculo. No hay dilación: se dirigen juntamente a las aguas del Cefiso, que, sin ser todavía transparentes, sí recorrían ya los lugares conocidos. Desde allí, tras haber rociado con los líquidos de las libaciones sus vestidos y cabeza, dirigen sus pasos al santuario de la venerada diosa, cuyos techos amarilleaban de sucio musgo y cuyos altares estaban sin fuego. Cuando alcanzaron las gradas del templo, uno y otro cayeron postrados a tierra y con miedo besaron la helada piedra, y hablaron así: «Si vencidas con súplicas justas se ablandan las divinidades, si se doblega la cólera de los dioses, di, Temis, con qué artificio puede repararse el daño de nuestro linaje y, con tu mayor indulgencia, socorre a un mundo sumergido». La diosa se conmovió y dio esta respuesta: «Alejaos del templo y cubrid la cabeza; desatad los vestidos ceñidos y arrojad tras la espalda los huesos de la gran madre».

Se quedaron atónitos durante algún tiempo y Pirra, la primera, rompió el silencio con su voz y rehúsa obedecer las órdenes de la diosa y le pide perdón, suplica con rostro aterrorizado y tiene miedo de ultrajar las sombras de la madre arrojando los huesos. Entretanto intentan alcanzar el significado de las palabras

del oráculo concedido ocultas en sombríos escondrijos y les dan vueltas consigo y entre sí. Después, el hijo de Prometeo aplaca con suaves palabras a la hija de Epimeteo y le dice: «O es engañoso mi ingenio o (los oráculos son respetuosos y no aconsejan ningún crimen) la gran madre es la tierra: pienso que las piedras son llamadas los huesos en el cuerpo de la tierra; se nos ordena que arrojemos estas a nuestras espaldas».

[...] Se alejan y cubren su cabeza y desatan las túnicas y envían las piedras tal como se les había ordenado tras sus pasos. Las piedras (¿quién creería esto, si no estuviera de testigo la antigüedad?) empezaron a despojarse de su dureza y rigidez y a ablandarse con el paso del tiempo y, una vez ablandadas, a tomar forma. [...] y en poco tiempo, por voluntad de los dioses, las rocas enviadas por las manos del hombre tuvieron aspecto de hombre, y la mujer tomó forma de nuevo gracias al lanzamiento de la mujer. Por ello somos un linaje duro y que soporta las fatigas y demostramos de qué origen hemos nacido.

Ovidio, *Metamorfosis* I, 312-415.